

SUS CAMINOS NO SON LOS NUESTROS

Una vez más volvemos a enfrentarnos con una parábola que nos deja perplejos. Y, una vez más, Jesús nos muestra como es el corazón de Dios que rompe con las leyes del mercado laboral. Todos nuestros esquemas se tambalean cuando hace su aparición el amor libre e insondable de Dios. Ya en la primera lectura del profeta Isaías se nos avisa que, «Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos». Una vez más el Evangelio de Hoy nos remite a esos comportamientos extraños de Jesús de Nazaret, que dejaba perplejos a los hombres piadosos de su tiempo y también a los del nuestro: Sentarse a la mesa de los pecadores y descreídos. Dejarse lavar los pies y ser ungido por una pecadora pública. Tocar un leproso. Tocar un muerto. Bendecir a los niños. Curar en sábado. Comer con manos impuras.

No es fácil entender al Dios de Jesús, porque «Cuando las religiones – y en su nombre, los hombres de la religión – nos hablan de Dios, en realidad no hablan, ni pueden hablar de “Dios en sí”, sino de las “representaciones” de Dios que los humanos nos hacemos» (J. M^a Castillo). De ahí la incompreensión de la imagen de Dios que transmitía Jesús por parte de los hombres de la Ley. El Dios de Jesús no encaja en ninguna religión porque Dios no creó las religiones. Las religiones son creadas por la necesidad que tenemos de espacios en los que celebramos nuestra fe. El problema es la degeneración de las religiones por los hombres religiosos. Creamos religiones y con ella creamos nuestros dioses a nuestra medida dentro de nuestros espacios culturales, fenómeno que se da en todas las culturas a lo largo de la historia.

El capítulo segundo del libro de J. M^a Castillo, *Declive de la religión y futuro del Evangelio*, comienza así: «Si algo queda patente en el conjunto de los relatos evangélicos es que el Evangelio se enfrentó, desde el primer momento, a la religión. El resultado inmediato fue que, en aquel enfrentamiento ganó la religión».

Esta parábola del dueño de la viña no encaja en una mente observante, y si hoy aún hay mucha gente que se queda perpleja por el gesto de amor del Padre ante el hijo que vuelve a la casa muerto de hambre, tampoco pueden entender, según nuestra lógica laboral o de méritos religiosos, esta parábola. Porque Dios no nos trata según los criterios de productividad laboral (que se mide por las horas de trabajo), sino por los motivos que brotan de su corazón bueno y generoso. El corazón que es profundamente bueno, que privilegia a los últimos, a los más desgraciados de la vida, los que la lógica de los hombres nunca privilegia.

Tenemos que comprender la mente de Dios a través de la vida de Jesús. Para Jesús lo más importante era la persona, su vida, su dignidad, su felicidad, y para eso había que humanizar una religión en la que lo primordial no era el bienestar de las personas, si no el sometimiento a la Ley y a los ritos de la religión. Y Jesús pone por encima de la Ley y de las observancias a las personas y sus necesidades, y esto lo expresa muy claramente en el Sermón del Monte: «Porque os aseguro que si vuestra justicia no es mayor que la de los letrados y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos».

Tenemos que repensar muchísimo en todas las religiones nuestro sistema de pesos y medidas. Nosotros, según nuestras leyes religiosas nos cerramos en nuestros cálculos sin dejar a Dios ser bueno con todos. Incluso tenemos la osadía de decirle quién puede salvarse y quién condenarse.

La parábola de hoy, como tantas otras, era revolucionaria para aquella época y aún más para la nuestra. Esa bondad de Dios de dar a todos por igual, esa bondad derramada generosamente en una recompensa igualitaria. Que los últimos sean los primeros y los primeros últimos no tiene encaje en las mentes religiosas que piensan de una manera retributiva de premio o castigo, sin atreverse a penetrar en el corazón de esas personas, allí en donde Dios solo puede leer y comprender nuestras historias personales.

En el fondo de todo, el final de todo esto es que, Dios no sabe de credos religiosos. Donde las

religiones pueden ver ateos, agnósticos, creyentes o no, vivan o no de espaldas a Dios, en realidad lo único que Dios ve son hijos e hijas amados sobre los que su amor misericordioso se inclina con cariño invitándolos a trabajar en su viña y darles su salario. No importa la hora, porque Dios no tiene hora. Dejemos a Dios ser Dios, esto es esencial. Entonces cualquier religión que le deje a Dios la iniciativa del amor y de la igualdad, será creíble su enseñanza. Si no es así, solo será un fraude y una fuente de esclavitudes.

<http://www.monasteriodesobrado.org/>